

COMENTARIOS A LA PONENCIA DE JULIO CABRERA

Javier LUNA OROZCO

Mi formación pragmática de profesional médico, especializado en cirugía general, quizás no me permite hacer un comentario autorizado y válido al interesante y provocativo trabajo del profesor Julio Cabrera. Sin embargo, el desafío fue planteado y aquí estamos para decir nuestra percepción, dictada por la reflexión, el sentimiento y la propia interpretación de la realidad, tal cual la confrontamos.

Si bien el autor, apoyado en el pensamiento existencial negativo de los filósofos alemanes Martin Heidegger y Arthur Schopenhauer, se refiere al aborto y la eutanasia, la repercusión de su trabajo no se da tan solo ante estos temas, sino ante el fundamento mismo de la bioética, que tiene una concepción del ser humano como persona. Ahora bien —a más de cuestionar esta concepción “personalista” del ser humano— cuestiona también el método de análisis simplista y poco filosófico del aborto y la eutanasia y el carácter acrítico de valor que se le asigna a la vida.

Para lo primero, se apoya en el existencialismo de Heidegger, quien establece una diferencia ontológica entre ser y ente, colocando al Dasein, es decir al *ser humano en el mundo*, como la consecuencia de un acontecimiento fáctico, “el simple haber nacido”, sin las propiedades ónticas de persona o los “indicadores de humanidad” de Singer. Una vez en el mundo, su carga existencial es auto-

rrealizante, temporal y finita, siendo el ser humano, un “*ser para la muerte*”.

En cuanto a la vida y valiéndose de otra línea filosófica, esta vez de Schopenhauer; considera que la vida no tiene valor en si misma, hablando de un disvalor (o sin valor) a partir de lo cual la existencia es una *búsqueda de objetivos de la voluntad que oscila entre el dolor y la carencia y el tedio del logro*, en tanto se *des-realiza* o se consume, acercándose a la muerte.

Es sobre estos componentes filosóficos que plantea una *bioética existencial*, con nuevas matrices argumentativas en torno al aborto y la eutanasia. Para el caso del aborto propone cuatro ejemplos de los cuales uno solo comporta daño físico grave para el naciente y por tanto sería el único aborto moralmente justificado (aborto estructural), ya que en los otros tres —rechazo al embarazo por ausencia de condiciones socioeconómicas, producto de una violación y peligro de vida de la madre— no existe daño físico del producto gestacional.¹ De igual manera, en el caso de la eutanasia, con otros cuatro ejemplos, sólo es aceptada en aquella situación de relación directa con alguna enfermedad grave e irreversible.

El profesor Cabrera reclama en su trabajo mayor amplitud de visión para las consideraciones filosóficas de la bioética, haciendo referencia a un uso creciente del pensamiento “continental”, en remplazo del método analítico interno.² Lo llamativo es que lo sustenta con una prefe-

¹ Esta propuesta de abortos “moralmente injustificables” en la bioética existencial, entra en una controversia muy difícil de salvar, con la legislación sobre el aborto que tienen muchos países, incluido el Brasil como el mismo autor señala.

² Abundando en argumentaciones sobre las limitaciones filosóficas de la reflexión bioética, tildada de simplista o “un poco *naif*”, ante muchos de los temas que aborda; el autor reclama un mayor rescate del pensamiento “continental” de muchos filósofos europeos desde fines

rencia individual no claramente explicada, sobre las bases especulativas negativistas de Heidegger y Schopenhauer; el primero, marcado por un desprestigio histórico —pese a su notable influencia en la evolución del pensamiento filosófico— por el antecedente poco recomendable de sus afinidades al Tercer Reich aclamando a Hitler durante años como el gran protagonista de una nueva cultura europea, y el segundo, señalando un mundo fundamentalmente malo donde no cabe otra cosa que la resignación y la completa extinción del yo.

Personalmente creo —y al margen de los debates bioéticos que plantean y seguirán planteando el aborto y la eutanasia— que resulta muy poco estimulante no considerar la vida como un valor y que la bioética no busque bases filosóficas más optimistas y próximas a una percepción holística de la vida en general y del ser humano en particular. Para este efecto podrían considerarse otras alternativas de especulación filosófica que, *per se*, definden el principio esencial de la vida, retrotrayéndonos, por ejemplo, al pensamiento de Baruch Spinoza, quien con su *natura naturans* buscaba la consustanciación del hombre

del siglo XIX. Considero que tal pretensión es completamente válida y edificante, tanto más si asistimos a un simposium cuya motivación es tratar de configurar un “Estatuto epistemológico de la bioética”, pese a que ésta, como la filosofía, no es precisamente una ciencia o una disciplina encasillable a los fundamentos y métodos del conocimiento científico propios de la epistemología, sino más bien una actitud ética ante la vida que nunca podrá sustraerse de considerar las innumerables variantes de las distintas realidades vivenciales, ni dejar de corresponderse con las mismas, generando —obviamente— motivaciones bioéticas distintas. Por tales motivos, el rescate de pensamiento debe ir más allá del que propone Cabrera, no sólo asimilando la validez de los referentes occidentales que por cierto sufrieron grandes vaivenes traducidos en las corrientes filosóficas de todos los tiempos, sino también aquellos de procederes distintos, y que al ser menos conocidos y peor aprovechados, pueden en un futuro dar la clave de muchos descubrimientos en esta gran aventura del pensamiento humano.

con el todo de la naturaleza, pensamiento tan influyente a su vez, sobre Goethe y el poeta del optimismo y la democracia Walt Whitman, quien, en su poesía, tuvo grandes atisbos filosóficos hacia un sentimiento omnicomprendido de solidaridad cósmica, fusionando naturaleza y hombre con un panteísmo afín a la visión cosmogónica mítica que tienen muchas culturas ancestrales de nuestra América,³ poco o nada consideradas en los alcances de la bioética actual, y que a futuro no podemos perder de vista, priorizándola en su caso, tanto más si buscamos construir una bioética latinoamericana, adecuada a la realidad que nuestro continente enfrenta. Esto nos lleva al recuerdo inmediato de aquellos lugares donde habita el hombre originario de nuestro continente, prevaleciendo una mística de la tierra, que al estar íntimamente unida con toda forma de vida que ella misma origina, es respetada a plenitud, pudiendo sostenerse, como dice el filósofo boliviano Guillermo Francovich:

que la tierra, el paisaje, lo telúrico tienen una especie de espíritu y que actúan sobre el hombre creando formas de vida individuales y sociales, dando nacimiento a tipos culturales con fisonomía tan propia como los ambientes geográficos que las han producido.

A propósito de todo esto urge revalorizar lo propio, reconociéndonos mutuamente y recuperando la impresionante riqueza de pensadores que tiene y tuvo nuestro continente, en aras de construir una filosofía americana ya proclamada por el mexicano Leopoldo Zea, sin paternalis-

³ En la gran meseta altiplánica de Los Andes, existe la costumbre de enterrar la placenta cuando un niño nace, como tributo y sello de identidad del nuevo ser con la Madre Tierra o *Pachamama*. Otra costumbre con una significación parecida de tributo u ofrenda, es la de enterrar un feto momificado de llama, en todo predio que será construido, antes de colocar los cimientos.

mos ni el colonialismo perpetuo de ideas y procedimientos, y que devenga no sólo en asidero de aquella bioética latinoamericana antes mencionada, sino en una “marcha unida” hacia el futuro, como bien quiso Martí.

¿Quién tiene la razón y la última verdad? No lo sabemos, y las filosofías no son más que intentos mutantes de aproximación para encontrar respuestas,⁴ hasta que el hombre desarrolle potenciales aún desconocidos —que los tiene, como lo prueban las experiencias místicas o los adelantos de la propia ciencia y la parapsicología—, pero preservando su propia esencia o calidad, sin alejarse de lo humano ni llegar a ese *estadio poshumano de la historia* del que nos advierte Fukuyama.

Ante estas situaciones y ya para el final, cabe preguntarnos reflexivamente si mucho de lo no explicado, mítico o maravilloso del pasado no es lo cotidiano del presente, y si los filósofos de todos los tiempos no habrían tenido que variar sus profundas e inextricables filosofías, ante las actuales condiciones que la humanidad confronta.

Esta propuesta de abortos “moralmente injustificables” en la bioética existencial, entra en una controversia muy difícil de salvar, con la legislación sobre el aborto que tienen muchos países, incluido Brasil, como el mismo autor señala.

⁴ La nada, lo hipotético, lo no probado, son el campo de la filosofía, que al no ser una ciencia —como sostiene el mismo Heidegger, aludido por Cabrera— “Ella y su pensar están en el mismo nivel que la poesía”. Con relación a esto mismo, cabe recordar a Marvin Sandi (1966), quien dice: “La nada, piedra de escándalo para las ciencias, es el terreno en el que se desenvuelven las tareas del pensador y del poeta”, y también a Ortega y Gasset y Pascal, el primero insistiendo que la razón pura (cuando no pueden explicarse las cosas) debía ceder su preminencia a la razón vital, y el segundo, afirmando bellamente que “El corazón tiene razones que la razón no comprende”.

REFERENCIAS

- FRANCOVICH, G., 1945, *La filosofía en Bolivia*, Buenos Aires, Losada.
- FUKUYAMA, F., 2002, *El fin del hombre, consecuencias de la revolución biotecnológica*, Madrid, Ediciones B.
- HEIDDEGER, M., 1959, *Introducción a la metafísica*, trad. E. Estiú, Buenos Aires, Nova.
- KIRCHNER, M., 1988, “Martin Heidegger (el metafísico del siglo)”, *Forjadores del mundo contemporáneo*, Bogotá, Planeta Colombiana.
- RUNES, D., 1967, “Heidegger, Martin”, *Historia ilustrada de la filosofía*, Madrid, Grijalbo.
- SANDI, M., 1966, *Meditación del enigma*, Madrid, Gráficas Uguina.
- SCHOPENHAUER, A., 1937, *El amor, las mujeres y la muerte*, Santiago de Chile, Ercilla.
- ZEI, L., 1994, “América como conciencia”, en TABOADA, G. C., *Antología del ensayo latinoamericano*, Buenos Aires, Sánchez Teruelo.